

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

---

---

Año XXXII - Enero - Febrero de 1955 - Núm. 355-356

---

---

## Puntos de vista

América en la encrucijada

*D*ENOMINACION demasiado amplia y por tanto imprecisa la de América si queremos con ella aludir a todo el continente colombino. Su extensa superficie abarca regiones variadísimas por su geografía, producción agrícola y minera e índole de sus habitantes. Hay en América dos partes bien diferenciadas: la del norte, de habla inglesa, y la central y del sur, de habla española y portuguesa. Aparte de la continuidad geográfica, nada de común existe entre ellas. No obstante se sigue hablando de Panamérica como si fuese un todo inseparable. Una realidad ineluctable impone indiscutiblemente una demarcación humana profunda entre las dos partes del continente. La primera, que a sí misma se apellida América sin adjetivo que la distinga, muestra, en sus múltiples aspectos, tal unidad política, material y espiritual, que ha llegado a constituir la más grande potencia mundial, con una proyección insospechada hacia el resto de la humanidad. La otra, la nuestra, nació a la vida independiente fraccionada por países de muy desigual medida y condición, que jalonan su historia con querellas íntimas que disminuyen, esterilizan o anulan su potenciali-

dad creadora o con rencillas fronterizas que alejan hasta lo quimérico la realización del sueño de Bolívar.

Como sus tierras agitadas frecuentemente por terremotos que destruyen vidas y bienes materiales, la América nuestra vive en constante zozobra. Contados países —no sin ufanía puede el nuestro incluirse entre ellos— han forjado una sólida organización jurídica que los aproxima a lo que teóricamente se llama democracia. En la mayoría, la insurrección armada impide la continuidad de los gobiernos, derribados en una sucesión trágica de acontecimientos bélicos. Y si alguno logra estabilizarse y dar forma a un sistema político que traiga bienestar y prosperidad colectivos, surge audazmente el caudillo bien apertrechado que desplaza a ese gobierno que parecía consolidarse con su propia labor progresista.

El caudillismo parece ser un mal endémico en muchos países americanos, y con ello el predominio de las fuerzas regresivas del pensamiento y la cultura. No bastan para detenerlo ni la adhesión platónica de los intelectuales solidarios de la libertad ni el clamoreo de protestas que confluyen de todos los ámbitos del mundo libre. Detrás del caudillo siempre se oculta una mano fuerte que lo ampara e impulsa hacia los más negros designios.

Habría que ahondar en las raíces profundas de la psicología de esos pueblos americanos que aún no han sido capaces de cimentar una democracia o tratar de poseerla, penetrar en los intersticios de su historia; exhibir la miseria e incultura de sus habitantes, sea por incapacidad de superación individual, sea por el desamparo de la

sociedad; y con tales antecedentes objetivamente analizados, se podrían descubrir las complejas causas mediatas e inmediatas determinantes de la inestabilidad política que padecen tantos pueblos de América, desde los días aurores de su independencia. Y determinada la causa y diagnosticada la enfermedad, no ha de ser imposible encontrar los instrumentos para fojar una auténtica democracia.

No es con principios abstractos ni con señuelos demagógicos cómo ha de encontrar América el camino de su evolución histórica. Seguramente, la raíz morbosa está escondida en su alma milenaria y ancestral, en un desajuste étnico entre la minoría blanca dirigente y la inmensa masa proletaria de origen indígena, la que acaso todavía no haya asimilado las formas de convivencia social que vienen de las viejas culturas occidentales. Acaso a esa masa indígena o criolla se le haya querido imponer modalidades de vida copiadas servilmente de pueblos que cerraron la curva del saber y la civilización en un lapso de siglos de ininterrumpido desarrollo ascendente. Acaso la inferioridad económica en que se ha mantenido a la mayoría proletaria y analfabeta sea motivo para que prenda la inmoralidad política y el desgobierno, y se prefiera la entrega indigna frente al menor impulso de dominación foránea antes que la altivez del esfuerzo constructivo y consciente.

No es proclamando el imperio del riesgo y la aventura en la juventud, según la opinión de un ilustre escritor colombiano, cómo se ha de trazar el perfil espiritual y material de América. Más que rebeldía, nos hace falta incul-

car en las almas jóvenes responsabilidad, disciplina y jerarquía. Más que una juventud vocinglera y dispuesta a la guerrilla en barricadas románticas, necesitamos que ella se concentre en el estudio, se aisle en las bibliotecas o laboratorios, oriente sus impulsos creadores y adquiera una ciencia o una técnica, dentro de severas normas de conducta ciudadana, sin por ello desoír las voces de la multitud desamparada. Ha de sintonizar el joven el llamado de quienes aspiran a una mejor vida. Porque de esa juventud saldrá la cabeza directiva capaz de conducir al pueblo, conociendo sus problemas e inculcándole los derechos que ejercer y las obligaciones que cumplir, sin ninguna suerte de halago demagógico.

Mientras los diversos países que forman la América no encuentren la causa de la inquietud que los agita y la solución correspondiente para terminar con esa inquietud, seguiremos alterados por convulsiones políticas —trágicas muchas veces—, de las que se aprovechan los pueblos que han sabido organizarse enmarcados en principios superiores de disciplina, jerarquía y justicia sociales, a que se llega por la voluntad de quienes saben que la paz sólo se obtiene cuando el bienestar y la cultura no es patrimonio de minorías. En tanto no los conquistemos por nuestro propio esfuerzo, oscilaremos más que entre “la libertad y el miedo”, entre la opulencia y la miseria, entre el gozosamente ahito y el resentido insatisfecho, entre la alegría de vivir y la angustia de padecer, entre el rascacielos insolente en su grandeza y la choza y el conventillo humildes en su modestia.